

Luna de abril

Rafael Belmonte Agüera

Un encuentro en un parque entre dos ancianos se convierte en una luna de miel.

ESCENARIO:

Puede ser un pedazo de parque con dos bancos o cualquier otro escenario que tenga un par de asientos a cierta distancia.

PERSONAJES:

JACINTO. – *Aparenta* muchos años.

DELIA. – También *aparenta* muchos años.

Los dos ancianos salen casualmente casi al mismo tiempo y con sendos bastones, uno por cada lado. Se sitúan el uno frente al otro cuanto puedan hacerlo, en pie y uno en cada banco. En silencio, se observan largo rato.

JACINTO: *(Por fin)* Óigame: ¿se decide, o... no se decide?

DELIA: ¿Cómo dice?

JACINTO: Que si se va a sentar usted de una vez.

DELIA: Qué le importará a usted.

JACINTO: Mujer, claro que me importa. Porque yo estoy esperando a ver si lo hace usted, para sentarme yo. Pero me estoy cansando. Porque se me rebela la ciática y me protestan los huesos.

DELIA: Sentarse, dice. Usted está, como yo, para dejarse caer. Nada de sentarse, abuelo. Eso queda para los jóvenes.

JACINTO: Quería hacerle un cumplido. Como quiera.

Se sienta, con esfuerzo.

DELIA: Déjese de cumplidos, que el mundo ya no está a la escucha de todas esas pamplinas. Pero me gusta que me lo haya hecho. Hacía años que nadie me hacía uno de esos cumplidos. Y me gusta. Sí que me gusta.

JACINTO: Eso le gusta a todo el mundo. Digan lo que quieran.

JACINTO empieza a levantarse.

DELIA se suena la nariz. Un sonoro pedo escapa de su anciano vientre. Se sienta con esfuerzo.

DELIA: *(Disimula)* ¡Ayyy! No me siento cuando quiero. Sólo cuando esta... rodilla me da su autorización. Ahora mismamente acaba de darme un "crujetazo". ¿No ha oído usted nada?

JACINTO: Algo he oído. Será la rodilla esa suya..., claro.

DELIA: La rodilla, sí.

JACINTO: Pues... qué pedazo de altavoz tiene usted por ahí dentro.

DELIA: ¿Altavoz? La rodilla, ya le digo. Si ella se lo propone podría darle toda una serenata.

JACINTO: *(Duda)* Yo no lo veo necesario.

DELIA: ¿Qué iba a ser, si no es mi rodilla?

JACINTO: No, nada del... otro mundo.

DELIA: No me mire usted así. Es la razón por la cual no me he sentado antes, se me agarrota la rodilla esta.

JACINTO: *(De pie)* Ya se ha sentado usted.

DELIA: ¿Y qué hace usted de pie? ¿No se había sentado?

JACINTO: Lo del cumplido me ha levantado.

DELIA: Ah, yo a usted también le cumpliré. Por la igualdad de sexos, el sacrificio mutuo o ninguno.

Empieza a levantarse.

JACINTO: No, no, faltaría más. Ya me siento.

Empieza a sentarse.

DELIA: Yo sólo le tengo miedo a la rodilla esta, que si dice de agarrotarse, y se me pone de mal talante... *(Ya de pie)*

JACINTO: No, no, no es necesario..., que antes ha sido muy... escandalosa.

DELIA: No está en mi mano, compréndalo.

JACINTO: Claro, está en... *(rectifica)* Lo comprendo. *(Ya sentado)* Se ha levantado usted.

DELIA: Y usted se ha sentado.

Pausa.

DELIA: Y ahora, ¿qué hacemos?

JACINTO: ¿Por qué no se sienta, y me evita el levantarme? No sé si lo resistiría...

DELIA: Porque se me ha puesto mal la rodilla, tanto hablar de ella, fíjese qué contrariedad. Yo me sentaría muy a gusto, pero no puedo.

JACINTO: Pues nada, ya me levanto yo. (*Empieza a levantarse*)

DELIA: Déjese. ¿Y si no lo resiste?

JACINTO: Llama usted a los bomberos.

DELIA: Estoy yo como para ir a llamar a alguien. Si se cae, se quedará usted ahí tirado.

JACINTO: Bueno. Cerca de usted y tumbado seré un hombre feliz.

DELIA: Qué rápido va usted, viejo.

JACINTO: (*Ya de pie*) ¿Rápido? Si he tardado medio día.

DELIA: Por lo de *feliz* y *tumbado*.

JACINTO: Ah, eso. Es que hace una semana que no me dirige la palabra nadie. O medio año. Las fechas, los días me bailan en la cabeza a su capricho. Y que le hablen a uno, de lo que sea y quien sea, sienta verdaderamente bien.

DELIA: ¿Quién sea...? Haré como que no lo he oído.

JACINTO: No es mi intención molestarla. Sería un mal empezar.

DELIA: Lo dicho. ¿Una semana y no habla con nadie, decía?

JACINTO: No. Los días que llevo viniendo a estos bancos, si no recuerdo mal.

Pausa.

En pie, se miran de frente.

¿Por qué no me sonrío usted?

DELIA: ¿Sonreírle?

JACINTO: Sí, yo para un buen vivir necesito ver sonrisas cerca. Algo así como si se tratara de un combustible.

DELIA: Pero, ¿y por qué había de sonreírle?

JACINTO: ¿Porque ese tipo de combustible es gratis?

DELIA: ¡Pero si no le conozco!

JACINTO: Sonría mirando hacia otro lado. A mí me es igual hacia dónde mire.

Necesito que sonrían, aunque la sonrisa no vaya dirigida a mí.

DELIA: ¡Cuánta tontería! Se droga usted con una sonrisa.

JACINTO: Pues sí. Lo que opine estará bien, pero deme el placer.

DELIA sonríe tímida, forzosamente con la cabeza ladeada.

¡Qué sonrisa más hermosa tiene!

DELIA: ¡Pero si no me ha visto la cara!

JACINTO: ¡Pues míreme mientras sonríe!

DELIA: No. Quítese eso de la cabeza.

JACINTO: Bueno, pues me imagino su cara sonriente como a mí me da la gana, guapa o no guapa, luminosa o no, y me conformo. Y no me critique.

DELIA: ¡Pues muy bien!

JACINTO: ¡Pues ya está!

DELIA: ¡Pues eso!

Pausa

JACINTO: Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

DELIA: Yo, esperar a que se me ponga bien la rodilla. ¿Y usted?

JACINTO: Esperaré con resignación también a su rodilla.

DELIA: Haga lo que quiera. Pero igualmente mis huesos claman en su rebeldía.

JACINTO: ¿Claman?

DELIA: Eso farfullan ellos. Y ellos sabrán. A mí mis huesos me hablan. ¿A usted no?

JACINTO: Depende.

DELIA: ¿De qué?

JACINTO: Del día.

DELIA: Como a mí.

Pausa.

DELIA: ¿Está solo?

JACINTO: Ahora con usted.

DELIA: Ya. Conmigo. ¿Ha venido a ver a algún familiar?

JACINTO: ¿A dónde? ¿Al parque?

DELIA: Aquí, a la ciudad.

JACINTO: No, vivo aquí.

DELIA: Ah, que vive aquí. ¿En el parque?

JACINTO: No, todavía no. Mujer, hay cosas en las que es preferible no pensar. ¿Y usted?

DELIA: Yo tampoco he venido a ver a nadie. Y nadie tiene que venir a verme.

JACINTO: ¿Vive aquí, entonces, en la ciudad?

DELIA: Como usted: a medias.

JACINTO: Ah, se equivoca. Yo vivo a tiempo completo en la ciudad.

DELIA: Muy bien.

JACINTO: ¿Y las “a medias” esas tuyas están muy lejos?

DELIA: No mucho. Un poco.

JACINTO: Ah. Y viene andando.

DELIA: Claro.

JACINTO: Por la rodilla, lo digo.

DELIA: Voy despacio, por ella.

Silencio.

¿Y usted?

JACINTO: También voy despacio.

DELIA: ¿Cuál le flaquea a usted?

JACINTO: ¿Cuál?

DELIA: ¿Qué rodilla le flaquea?

JACINTO: A mí me flaquea todo.

DELIA: Ya. Se le ve a usted... *(Se interrumpe)*

JACINTO: *(Irritado)* ¿Qué se me ve?

DELIA: Nada, perdone. Yo no quería decir...

JACINTO: Usted tampoco está para... *(Se interrumpe)*

DELIA: ¿Qué iba a decir usted?

JACINTO: No me acuerdo.

DELIA: Sí se acuerda.

JACINTO: Le digo que no.

DELIA: Pues haga memoria.

JACINTO: No. No le interesa a usted que haga memoria yo. La memoria es traicionera, porque las malas ideas vienen solas y rápidas y alborotan el ambiente; las buenas, en cambio, requieren inspiración, concentración, son otra cosa.

DELIA: ¿Está usted inspirado, concentrado ahora?

JACINTO: No mucho. Pero, desde luego, ninguna de las dos precisa, como acompañamiento, las palabras de una vieja gruñona.

DELIA: Es usted un malhablado. Y... un cobarde.

JACINTO: Ya estamos. ¿Usted también piensa eso de mí?

DELIA: ¿Sobre qué?

JACINTO: En mi escalera me tienen por un cobarde. ¿Sabe usted por qué dicen eso de mi persona?

DELIA: Yo...

JACINTO: Porque no he actuado como se esperaba de mí. Pero eso no es un cobarde, un cobarde es aquel que no hace lo que quiere hacer. ¿No le parece?

DELIA: A lo mejor me he pasado.

JACINTO: Mire usted, mi hijo el mayor se casó porque embarazó a la que ahora es su mujer. Y no la quería, y ni la quiere. Pero él se casó con ella. Un cobarde. ¿Lo comprende?

DELIA: Yo... Seguro que se me ha ido la lengua.

JACINTO: ¿Lo comprende o no lo comprende?

DELIA: Yo...

JACINTO: ¿Su hijo también embarazó a...?

DELIA: Sí, a su nuera.

JACINTO: ¿Cómo?

DELIA: De eso se trata. Pero es una cosa fácil de lograr, no se crea. En cualquier sitio, a cualquier hora, repetirlo mucho. Panza arriba, panza abajo, de un lado, de otro y ya está. Todo llega.

JACINTO: ¿Qué habla?

DELIA: Del tema.

JACINTO: Ah, del tema.

DELIA: ¿Lo comprende o no lo comprende?

JACINTO: Sí...

DELIA: Oh, que “sí” más tímido.

JACINTO: No sé. Como guste. ¿Y a usted cómo la tienen clasificada?

DELIA: Pues ni que fuera un sello.

JACINTO: ¿Eh? Los sellos no tienen memoria.

DELIA: Está equivocado. Los sellos *son* la memoria. Mi padre hacía colección. Por eso lo sé.

JACINTO: ¿De qué habla? Yo no entiendo nada de sellos.

DELIA: Mire, la memoria es la vida que tuvo. ¿Quién podría negar eso? ¿Se atreve usted?

JACINTO: ¿Qué memoria?

DELIA: La suya.

JACINTO: Pues yo, sí, yo niego esa patochada de la memoria. Es mi memoria, son mis ideas y hago lo que me sale de lo que me queda de los cojones con la una y con las otras. Y, además, puestos, también la vida de los demás es mi memoria. ¿Sabía eso?

DELIA: Pues no. Sé poco, y lo que sé, no sé aprovecharlo lo suficiente. Por lo demás, hace usted bien, aunque es un poquito exagerado hablando. Pero no se enfade. Es que, para mí, la cobardía es una virtud.

JACINTO: Naturalmente. Lo más tonto es ser valiente. Eso es lo fácil. Se tira uno en plancha y ya está.

DELIA: ¿Qué habla de... plancha?

JACINTO: Nada, cosas mías.

DELIA: Pues muy bien.

JACINTO: Pues ya está.

DELIA: Pues eso.

Pausa.

(Bosteza) ¿Y si nos sentáramos?

JACINTO: Nos acomodaríamos y nos entraría la modorra y dejaríamos de mirarnos y de hablarnos. ¿Interesa eso?

DELIA: A esta altura de mi vida me dan lo mismo los intereses, me conformo con el sosiego. Yo grito cuando quiero, me da igual quién haya al otro lado. Como casi nunca ha habido nadie... sin problemas.

JACINTO: Sí, casi nunca hay nadie. Un consuelo, por otra parte.

DELIA: Soy una vieja egoísta. Quisiera cambiar, porque algunos días no me soporto.

JACINTO: No, si se le ve, se le ve.

DELIA: ¿Qué se me ve? ¿Qué? ¿Qué es lo que se me ve?

JACINTO: Que está usted... mayor.

DELIA: Nada más.

JACINTO: Ni nada menos.

DELIA: Me reservaré los... comentarios que se me ocurren, a capazos, sobre usted y lo que acaba de decirme y que antes ya habría meditado, para poder soltarlo a continuación.

JACINTO: ¿Eh?

DELIA: Que yo no voy a sermonearle, porque no voy a dedicarme a pensar, con antelación, sobre lo que creo que se le ve a usted.

JACINTO: ¿Se me ve algo? ¿A mí? *(Se lleva una mano a la bragueta)*

DELIA: Nada de lo que preocuparse.

JACINTO: Estupendo, qué alivio.

Pausa.

¿Qué vamos a hacer?

DELIA: Yo, esperar a que se me ponga bien la rodilla. ¿Y usted?

JACINTO: Esperaré también a su rodilla.

DELIA: Esto lo hemos hablado ya antes.

JACINTO: Porque nos conocíamos.

DELIA: *(Ríe)* Claro. Nos conocíamos de hace un rato.

JACINTO: Como si fuera de toda la vida.

Breve pausa.

DELIA: Ya no se oyen ni los gorriones.

JACINTO: ¿Dónde?

DELIA: Aquí, en el parque, en los parques. Hasta con los gorriones estamos acabando. ¿No sabe que están en extinción?

JACINTO: ¿Quién?

DELIA: Pues los gorriones. ¿Oye usted alguno?

JACINTO: Pues no.

DELIA: ¿Ve alguno?

JACINTO: No, tampoco.

DELIA: ¿Se da cuenta?

JACINTO: A duras penas. ¿Para qué quiere usted los gorriones, para echarles miguitas de pan?

DELIA: Bah, déjelo.

JACINTO: Tampoco se ven hojas y nadie lo nota.

DELIA: Porque no hay árboles cerca.

JACINTO: ¿También están en extinción?

DELIA: No sería de extrañar. ¿Y por qué se balancea usted?

JACINTO: Porque me estoy... orinando.

DELIA: Pues orine usted, orine. Eso tiene remedio.

JACINTO: Si suelto el bastón, me caigo.

DELIA: Si no, se orinará encima.

JACINTO: Y me mojaré el pantalón.

DELIA: Y los calzoncillos.

JACINTO: No, no llevo calzoncillos. No me llega la paga para calzoncillos. Y aunque me llegara, ¿para qué quiero llevarlos, si nadie me los va a ver?, pues estamos al cabo de la calle.

DELIA: ¿Lleva el vestuario para que se lo vean los demás?

JACINTO: Naturalmente. Pero no sólo el vestuario: todo. Caí en la cuenta porque hace muchos años compré un coche cuando era joven y nada más vi esa vez la carrocería, el resto de las veces siempre iba dentro.

DELIA: Ah, vaya. Sí, claro... viéndolo así...

JACINTO: ¿Cómo había de verlo? Como esos medallones, bien grandes y resplandecientes, que llevan algunos por fuera del jersey... es para que los veamos los demás. Si hay algo que disfrutar, no lo disfrutan ellos, sino nosotros, ¿se ha fijado usted?

DELIA se toca la medallita que lleva al aire, en su pecho, y la esconde bajo su ropa.

DELIA: No mucho.

JACINTO: ¿Por qué pone a resguardo su medallita? ¿Piensa que se la voy a robar?

DELIA: Cuesta poco, aunque vale mucho para mí. Y no pienso nada, ha sido un acto reflejo. ¿Usted no lleva ninguna?

JACINTO: No llevo.

DELIA: ¿Por qué?

JACINTO: ...Soy pobre.

DELIA: No, si se le nota.

JACINTO: ¿El qué se me nota?

DELIA: Que es usted pobre.

JACINTO: ¿En qué se me nota?

DELIA: En que no le llega para calzoncillos, por ejemplo.

JACINTO: Eso se lo acabo de explicar yo.

DELIA: Exactamente. Me estoy dando por enterada, ni más ni menos.

JACINTO: Pero eso no le importa a nadie, ¿eh?

DELIA: A nadie le importará, es cierto.

JACINTO: A nadie. ¿A usted le importa?

DELIA: Nada, son sus calzoncillos.

JACINTO: Pero si no llevo, le digo. ¿Quiere comprobarlo?

DELIA: Me fiaré de su palabra.

JACINTO: Bien. Si me siento, se me pasarán las ganas...

Empieza a sentarse.

DELIA: Yo también me sentaré.

Empieza a sentarse.

JACINTO: ¿También se está usted...?

DELIA: ¿Qué?

JACINTO: O... ¿orinando?

DELIA: ¡Qué le incumbirá a usted!

JACINTO: Nada. No me atañe nada.

DELIA: Qué preguntas, viejo.

JACINTO: A veces, esas cosas suceden, por simpatía...

DELIA: ¿Simpatía? ¿Por simpatía a usted me voy a estar orinando yo? Además, no me cae usted simpático. Para qué le voy a engañar.

JACINTO: No, no. No es esa clase de simpatía que usted está pensando es...

DELIA: Sabrá usted en lo que yo estoy pensando. Simpatía...

JACINTO: *(Se levanta)* ¿Y si nos sentáramos juntos? En un mismo banco. Voy.

DELIA: No se acerque usted ahora. Se me ha escapado una ventosidad.

JACINTO: ¿Otra? Quiero decir... Está usted llena de aire..., quiero decir de... sorpresas. Es una mujer sincera, usted. Llena de buen... aire, eso es. No me salían las palabras.

DELIA: No me halague tanto, viejo. Ni lo intente. Es más fácil que todo eso: estoy a este lado sola y no tengo a quién echarle la culpa del cuesco..., sencillamente. Esperemos a que corra el viento, y todo se andará.

Pausa.

JACINTO: No sé a qué esperamos. No hace viento alguno.

DELIA: Tenga paciencia.

JACINTO: La tengo toda. Ya ve. Pero tampoco puedo ayudarle soplando, porque del esfuerzo se me puede escapar a mí también lo imprevisto.

DELIA: Es usted misterioso.

JACINTO: ¿Eso me lo puedo tomar como un halago?

DELIA: Puede, si es lo que desea.

JACINTO: Vaya una forma de salirse por la tangente.

DELIA: *(Levantándose)* No era de olor.

JACINTO: ¿Qué?

DELIA: Que la ventosidad era como un soplo del norte, de esos frescos, que descongestionan; pero que no tienen espíritu alguno.

JACINTO: (*Ríe*) Un pedo sin espíritu. ¿De dónde se ha sacado eso?

DELIA: Pues de mi culo de vieja, viejo. ¿De dónde si no?

Pausa.

A ver si se acaba usted haciendo encima, riéndose de ese modo.

JACINTO: Ya se me ha pasado el ataque de risa. (*Se calma*) Pensaba en qué haremos ahora.

DELIA: ¿Cuándo?

JACINTO: (*Se señala la bragueta*) Lo mío... ya es urgente.

DELIA: Haga, usted haga.

JACINTO: ¿Y qué hacemos con los pantalones?

DELIA: Mojarlos.

JACINTO: Eso, yo. ¿Y usted, qué hará?

DELIA: Mirarlos mientras lo hace.

JACINTO: ¿Debería darme vergüenza?

DELIA: ¿Qué cosa?

JACINTO: Hablar de mis ganas, delante de usted.

DELIA: ¡Si supiera la de veces que yo he hecho pipí a lo largo de mi vida!

JACINTO: ¿Encima?

DELIA: De la taza, claro.

JACINTO: ¿No seremos un poco guarros?

DELIA: ¿Quién, nosotros guarros? ¿Guarros... nosotros? Le explicaré una cosa: guarro, el gobierno. Todos los gobiernos, todos. Atienda esta expresión de los italianos: "porco Governo", tanto si llueve como si no, ellos sueltan: "¡porco

Gobierno!" ... Pues será, digo yo, si lo dicen los italianos con lo antiguos que son. Ya vivían en tiempos de los romanos... ¡Porco Governo!, si se le escapa eso de ahí. Y si no se le escapa eso, también ¡porco Governo!

JACINTO: ¡Muy prácticos los italianos!

DELIA: ¡Mucho!

Pausa.

A mi marido nunca llegué a verle desnudo.

JACINTO: Por culpa de los italianos.

DELIA: Qué italianos ni qué italianos. Aquí no tienen nada que ver los italianos.

JACINTO: Ah, un estorbo menos. Ya me extrañaba a mí.

DELIA: Un fraude de marido. A saber qué tendría que esconder con tanto secreto.

No estaría mal que yo le viera a usted ahora lo poco que tenga.

JACINTO: ¿Cómo que lo poco, vieja? Qué sabrá de...

DELIA: No se me enfade, viejo. Perdóneme. Le explico: una vela... sin desplegar, por muy grande o extensa que pueda ser, pues no se aprecia su largura, por muchas vueltas que quiera darle el barquero hacia arriba o hacia abajo.

JACINTO: No sé si no la entiendo o no quiero entenderla con tanta navegación.

DELIA: Por mucho viento que haga..., con la vela toda... liada, recogida, envuelta en su vaina, pues no avanza el barco... ¿Me comprende usted?

JACINTO: Que no sé si quiero comprenderla.

DELIA: ¿Ah, no?

JACINTO: Sí, sí, la entendí desde el principio. No necesita extenderse más de lo conveniente. Se va a hacer un lío con lo de las velas y me lo va a hacer a mí también y esto puede explotar por algún lado feo.

DELIA: Explotar..., qué exagerado, ya le digo.

JACINTO: *(Aguantando peor que bien las ganas de orinar)* Me sé un poema, incluso, ¿eh?, incluso, para la ocasión.

DELIA: *(Pensativa)* Él, mi marido, no consiguió verme a mí desnuda. Otros tiempos, allá por el siglo pasado. Que se joda, en paz descanse.

JACINTO: Se nota que le quería usted.

DELIA: Mucho. Con la locura de la juventud.

JACINTO: ¿Y yo qué hago? No puedo más.

DELIA: Moje, moje.

JACINTO: ¿No seremos unos guarros?

DELIA: ¿Otra vez? Depende para quien esté mirándonos, ya le digo, lo guarro que sea el mirón, digo. Usted moje, sin complejos.

JACINTO se concentra, brevemente, y empieza.

JACINTO: Me gustas cuando callas, porque estás como ausente *(la humedad del pantalón es bien visible)* y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca. Parece que los ojos se te hubieran volado y parece que un beso te cerrara la boca.

DELIA: *(Mirando cómo se moja el pantalón)* ¿Ese es el poema? Qué pedazo de poema.

JACINTO: Sólo el primer párrafo.

DELIA: ¿Queda todavía?

JACINTO: Me quedan cuatro párrafos más.

DELIA: Qué disparate. Va a encharcar el parque. Siga, siga usted.

JACINTO: *(Recita, moja el pantalón)* Como todas las cosas están llenas de mi alma / emerges de las cosas llena del alma mía / Mariposa de sueño, te pareces a mi alma, / y te pareces a la palabra melancolía.

DELIA: Muy bonito, muy bonito. Pero eso no es suyo.

JACINTO: Todo mío... Todo lo que sale por... mi boca, y demás... Me lo sé hasta de memoria, como si lo fuera.

DELIA: Siga, siga usted. Nos inventaremos que ha caído un chaparrón inesperado.

JACINTO: Me gustas cuando callas y estás como distante / Y estás como quejándote, mariposa en arrullo / Y me oyes desde lejos, y mi voz no te alcanza: / déjame que me calle con el silencio tuyo.

DELIA llora tiernamente. JACINTO se le va acercando trabajosamente, caminando ladeado e incómodo a causa de la humedad del pantalón.

Un generoso río de líquido va quedando en el suelo a su paso.

(Emocionado, dichoso, ya relajado) Déjame que te hable también con tu silencio / claro como una lámpara, simple como un anillo / Eres como la noche, callada y constelada / *(Acaricia con dulzura los hombros de DELIA)* Tu silencio es de estrella, tan lejano y sencillo.

Abrazados, muy cerca los labios.

Me gustas cuando callas porque estás como ausente / Distante y dolorosa como si hubieras muerto / Una palabra entonces, una sonrisa bastan / Y estoy alegre, alegre de que no sea cierto.

Ambos gimotean abrazados.

Terminan besándose.

DELIA: Al empezar, mosquea, porque es pelín machista, pero el final es esplendoroso. El final salva el resto.

JACINTO: Pero si termina igual que empieza.

DELIA: ¡Porque usted lo diga! No sabe ni lo que recita. Reconozco que el poemita es muy apropiado para un momento así.

JACINTO: Apropiadísimo.

DELIA: *(Tras besarle con entusiasmo, sonoramente)* ¿Usted también está enfadado, como el poeta?

JACINTO: No. Yo, no.

Pausa.

DELIA: *(Por la cantidad de líquido)* Sí que tenía ganas, sí. Huele usted a...

JACINTO: Está muy reciente. ¿Qué quiere?

DELIA: También es verdad. ¿Qué dirá la gente de nosotros?

JACINTO: Si no se suelta usted, nadie verá el pantalón. No podrán decir ni pensar nada absolutamente.

DELIA: Por verme abrazada a usted, ¿qué dirán?

JACINTO: ¿Quién se va a fijar en dos viejos?

DELIA: Yo me fijaría. Separémonos. *(Empuja a JACINTO)*

JACINTO: ¡Qué brusca es usted! ¡Casi me tira al suelo, doña!

A JACINTO, del empujón, se la cae la peluca.

DELIA: Me llamo Delia, no doña.

JACINTO: Y yo Jacinto, y no me pongo medallas por tener nombre.

DELIA: ¿Jacinto? ¿Jacinto? *(Ríe)*

JACINTO: ¿De qué se ríe?

DELIA: Nada, de... nada. Tiene buena cabeza, redonda y gordita, como un balón.

JACINTO le da un manotazo en el pelo y le arranca su peluca a

DELIA.

JACINTO: Una avispa. De esas de aguijón. En... tu cabeza.

Los bastones también caen.

Ambos miran por un instante sus pelucas y sus bastones en el suelo.

Parecen rejuvenecidos, con unos cuantos años menos... Brillan sus ojos... Se miran turbados, confusos. Terminan enderezándose.

DELIA: *(Ya sin titubeos. Con voz juvenil)* Ya. Qué bruto eres. ¿Se lo has visto?

JACINTO: El qué.

DELIA: A la avispa esa de mi... cabeza. El agujón.

JACINTO: *(También con un cambio de voz)* No, porque lo llevaba recogido. En su... "agujonera". Pero tú y yo aquel día...

DELIA: Ya, claro. Ese día nos enamoramos.

JACINTO: Sobre todo, tú.

DELIA: ¿Yo? Lo del poema de Neruda fue efectista, ampuloso. ¿Quién pensaba en poesías entonces? Y encima el poeta escribía del amor para reírse de él y sus poesías.

JACINTO: Ah, ¿sí?

DELIA: Eso tengo entendido.

JACINTO: Pues a él le salió mal y a mí me dio su resultado. ¿O no?

DELIA: *(Riendo)* Y cuando me dijiste que te llamabas Jacinto... A mí también se me escaparon unas gotitas además de unas risas.

JACINTO: ¿Gotitas?

DELIA: De... *(señala la "riada")*.

JACINTO: ¿Tanta gracia te hizo?

DELIA: Ninguna. ¡Desgracia! Aquello fue un escape... natural.

JACINTO: ¡Mujer!

DELIA: Desgracia, sí: Jacinto. "Jacinto", ese nombre de flor te habrá sido un engorro.

JACINTO: Si me ha sido un engorro, no he distinguido los momentos que sí lo ha sido de los que no lo ha sido.

DELIA: Porque le has puesto buena voluntad a tu vida.

JACINTO: ¡Y tanto! Si yo no le pongo buena voluntad a mi vida, ¿quién se la iba a poner?

DELIA: Eso es muy razonable.

JACINTO: Y, además, Delia igualmente es nombre de flor. Estamos empatados.

DELIA: Delia no es nombre de flor. Eso es Dalia.

JACINTO: Pues Delia se ha quedado a medias. O es nombre de flor marchita.

DELIA: ¿Qué hablas? Marchita lo estará tu...

JACINTO: Mi sombra.

DELIA: No te hagas ahora el ingenuo. Con otro nombre, ¿quién sabe? A lo mejor, hubieras sido, qué sé yo, hasta más alto. Y hasta te hubiera tocado la lotería. ¡Quién llegará a saberlo! No te empeñes en llevarme la contraria por llevármela, Jacinto.

JACINTO: No me hago nada, lo he conllevado lo mejor que he sabido. ¡Y no te metas con mi nombre!

DELIA: ¡Eso, lo mejor que has sabido! Luego has tenido que estar pendiente del nombrecito dichoso. Durante toda tu vida. ¿Pero por qué no te lo cambiaste, cuando aún estabas a tiempo?

JACINTO: Pero ¿por qué tengo yo que cambiarme de nombre?

DELIA: Ahora ya no, ya se lo sabe todo el mundo. El cambio llamaría a confusión.

JACINTO: ¡Yo no quiero cambiarme nada! Estoy bien así. Estás delirando, Deli. ¡Qué manía te entró!

DELIA: ¡Eso quisieras! ¡Eso se acabó! Ya no hay delirios, ya no hay ánimo. Eso acabó, Jacinto.

JACINTO: Cariño.

DELIA: ¿Qué?

JACINTO: Que eso significa Jacinto: cariño.

DELIA: ¿Ah, sí? Bueno, ¿y cambia algo el que ya lo sepa?

JACINTO: Y constancia...

DELIA: ¿Eh?

JACINTO: Jacinto también significa constancia, cariño...

Pausa.

DELIA: Vale. El mío también tendrá algún significado, digo yo.

JACINTO: ¿El tuyo? Nada, que yo sepa.

DELIA: Mira, acabemos con esto.

JACINTO: ¿Y cómo va a acabar, si todo... está empezando ahora?

DELIA: Para ti estará empezando. (*Lloriquea forzosamente*) Porque yo ya he tomado la última curva...

JACINTO: Te haces la vieja antes de tiempo.

DELIA: Me ensayo, por si me llega.

JACINTO: (*Se encoge de hombros*) Eso ¿qué quiere decir?

DELIA: Que me puedo morir antes de llegar a vieja. Me moriré y tendré una deuda con la vida: no sé exactamente si lo que pienso... pero creo no haber sabido vivir.

JACINTO: Se vive, sin más. Ni se sabe ni se deja de saber, se vive.

DELIA: No, es otra cosa..., hablaremos de esto otro día.

JACINTO: ¿Tienes algún mal? ¿Te duele algo?

DELIA: Tú me dueles.

JACINTO: Qué tontería. Yo te duelo. Ni que fuera una muela, y picada. Terminemos con esto.

Recogen las pelucas, y se las colocan equivocadas.

DELIA: Uh, está usted muy guapa.

JACINTO: Lo mismo digo, caballere.

Se intercambian las pelucas. Recogen sus bastones.

DELIA se vuelve a su banco.

Un cambio a la voz de antes y son mayores...

JACINTO: ¿A dónde va?

DELIA: Aquí, a mi sitio.

JACINTO: Deje que vaya con usted.

DELIA: Las mismas palabras. Eso me dijiste, ya entonces. Pues de eso, nada.

JACINTO: Pero si hasta nos hemos besado ya.

DELIA: Yo no he besado a nadie.

JACINTO: ¿Cómo puede decir eso?

DELIA: La verdad es la verdad.

JACINTO: Pero si tengo un pedacito de lengua de esa suya en mi boca, con sabor a caramelo de café con...

DELIA: ¡Qué barbaridades puede idear!

Pausa.

JACINTO: Le contaré, vieja: he tenido años felices. De verdad que sí. El primer beso que le di, coincidió con el primero de ellos.

DELIA: ¿Años?

JACINTO: Sí, eso he dicho.

JACINTO: Otros, amargos.

DELIA: ¿Todo el año?

JACINTO: ¿Cómo?

DELIA: Que si ha tenido años enteros felices o años también enteros amargos.

JACINTO: No sé si todo un año, un día tras otro... sería exagerado.

DELIA: Ya decía yo.

JACINTO: Es una forma de hablar.

DELIA: Forma de hablar.

JACINTO: Eso es. ¿Por qué volvemos a hablarnos de usted?

DELIA: La vida, que se nos complica por momentos. Estamos aquí en medio del mundo, de la nada, desamparados, ¿no lo ve, Jacinto?

JACINTO: Mi nombre dicho por usted suena... distinto.

DELIA: Sí, a jarrón chino de los caros.

JACINTO: ¿Cómo vamos a terminar nuestro feliz encuentro?

DELIA: ¿Feliz?, ¿encuentro? Hemos coincidido unos minutos, hemos charlado.

Cambiado impresiones... Estamos socializando. Eso ha sido nuestro encuentro.

Nuestro *feliz* encuentro. Como no hay gorriones... pues hablamos.

JACINTO: Yo creo que ha habido algo más que palabras.

DELIA: Sí: un aire..., dos, dos aires y un charco.

JACINTO: Y ¿por qué no terminamos el encuentro queriéndonos? Sería el mejor

final. Queriéndonos a la luz de luna. Imagínate que estamos en abril y que ahí

mismo hay una luna llena grandota, plateada y preciosa.

DELIA: Quieres que nos imaginemos que estamos en abril y que hay una luna llena

grande, blanca y preciosa.

JACINTO: Exactamente.

DELIA: ¿Dónde?

JACINTO: (*Señala*) Ahí mismo. ¿No la ves?

DELIA: Yo no veo nada. Además, estamos en septiembre y la luna está en cuarto menguante y desde aquí no se ve.

JACINTO: ¿En cuarto menguante? En menguante estás tú ya. Que estás chocheando.

Breve pausa.

¿No puedes hacerte un favor e imaginarte algo?

DELIA: No. Todo lo que he imaginado a lo largo de mi vida, luego era mentira.

JACINTO: ¿Por qué no profundizamos en esta relación tan bella que está en sus inicios?

DELIA: Si profundizamos, nos liaremos más de lo que ya lo estamos. Mejor quedarnos en la superficie. No pasa absolutamente nada por eso.

JACINTO: Se me ocurre que el tiempo que nos quede, lo que nos quede de existencia, podríamos establecernos aquí mismo y pasárnoslo contándonos nuestras respectivas vidas. Bueno, no todo, lo más importante. Esas cosas que se quedan en las cabezas y pasa el tiempo y el tiempo y eso sigue ahí, incrustados los pensamientos en la sesera como si fueran una odiosa garrapata...

DELIA: Pero qué garrapata, ni qué... Qué asqueroso... ¿Quién piensa en garrapatas? (*Silencio*) ¿Y por qué no arrimarnos un... poquito, o un mucho (*lo hace*) y tocarnos y querernos otro poco y soñar con que ahora estamos en abril y hay una luna llena grande, plateada y hermosa?

JACINTO: Eso mismo te planteaba yo.

DELIA: Tú lo habrás pensado, pero yo he sido quien lo ha dejado caer.

JACINTO: Pues bueno. Lo que tú quieras.

DELIA: Pues muy bien.

JACINTO: Pues ya está.

DELIA: Pues eso.

Pausa.

No quiero que nuestro amor sea un amor vulgar, ¿eh? ¿Por qué no nos enamoramos primero y después pues lo que sigue después de enamorarse y nos vamos unos meses a vivir juntos para conocernos y después de conocernos pues ya veremos?

Silencio.

Esa luna...

JACINTO: Nuestra luna.

Ambos miran y sueñan con una luna invisible en lo alto. De levantar exageradamente sus cabezas para verla, vuelven a caérseles las pelucas, a continuación, los bastones... Abrazados.

JACINTO: Hay momentos en los que no me importaría morirme.

DELIA: Oh.

JACINTO: Pero se me pasan rápido. ¿Es esto normal?

DELIA: En ti, sí. Seguramente.

JACINTO: ¿Estás insinuando algo?

DELIA: Ay, nada. Deja... Nos conocimos una luna llena de un mes de abril. No llovía, hace no sé cuántos años.

JACINTO: ¿No decías que no?

DELIA: Que no, ¿qué?

JACINTO: Pues que estábamos en septiembre y no había luna llena y todas esas mandangas que te has inventado.

DELIA: Tonterías. La luna sale cuando yo quiero.

JACINTO: Eso es cierto. Di que sí, preciosa mía.

DELIA: ¡Uy! Pues muy bien.

JACINTO: Pues ya está.

DELIA: Pues eso.

Silencio.

He de irme ya.

JACINTO: ¿Prisa de repente?

DELIA: La tengo.

JACINTO: *(Busca, recoge y esgrime su bastón)* ¿Quién o qué es? Quiero vengarme de lo que sea que quiera separarte de mi lado.

DELIA: ¡Vaya un guerrero de pacotilla que estás hecho!

JACINTO: ¡Hum! ¿Podríamos quedar para mañana?

DELIA: Podríamos, perfectísimamente.

JACINTO: ¿A la misma hora?

DELIA: A la misma.

JACINTO: ¿Y qué hora es?

DELIA: No lo puedo saber. No llevo reloj. Pero seguro que acertamos y nos presentamos los dos a la vez.

JACINTO: Por si acaso, yo me quedaré a dormir aquí toda la noche. A soñar contigo, con nuestro próximo encuentro. No quiero llegar tarde.

DELIA: Estarás incómodo. El suelo está muy duro.

JACINTO: Será bonita la espera, haré como que no me importa.

DELIA: Como quieras. Tendrás un dolor de espalda... bonito, pero no te importará.

JACINTO: Un dolor... espléndido, seguro que sí, porque me recordará a ti. Te lo brindaré, Delia.

DELIA: Gracias, Jacinto. Mañana traeré un ungüento para tu espalda.

JACINTO: Te lo agradeceré cuando nos veamos, con seguridad también.

DELIA: Hasta mañana.

Se besan. DELIA sale. JACINTO se tumba, primero en el suelo y, en seguida,

se cambia a un banco.

OSCURO.